

APUNTES SOBRE LA MUERTE DE ALEJANDRO MAGNO EN ALGUNOS TEXTOS HISPÁNICOS DEL MEDIEVO

Carlos GARCÍA GUAL
Universidad Complutense de Madrid
cggual@telefonica.net

RESUMEN: La muerte de Alejandro Magno concluye una legendaria vida heroica. En la *Cuarta Parte de la General Estoria* de Alfonso X, se traduce el texto de la *Historia de Proeliis*, del Arcipreste León de Nápoles, que había traducido, a su vez, la biografía novelesca griega del Pseudo Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro Magno* (comienzos del s. III). Ese mismo texto, contaminado con otros relatos, es la base del *Libro d'Alexandre* castellano, escrito a comienzos del s. XIII, algo después de los poemas franceses del mismo tema, y casi a la par del poema persa de Nizami *Iskandarnama*. El tono patético del episodio se mantiene en la prosa de la *General Estoria*, pero en el *Libro d'Alexandre* la muerte del héroe reviste un trasfondo trágico, ya que se nos presenta como un designio de Dios para poner fin a su audacia infinita. Esa interpretación se inspira en la *Alexandreis*, poema latino de Gautier de Chatillon. En este texto, sólo unos lustros anterior al poema castellano, es la Naturaleza, irritada por la extremada arrogancia de Alejandro, quien decide castigarlo y baja a los Infiernos para planear su muerte con la ayuda diabólica pertinente. Este viaje al mundo infernal —tan propio del Medioevo— se recoge en el *Libro* castellano, con algunos toques propios, y es uno de los más curiosos añadidos, de fuerte regusto clerical, en la trama épica. Pero el que sea el propio Dios quien condene ejemplarmente a muerte al joven Alejandro como “lunático” parece un rasgo original que vale la pena comentar.

Palabras clave: muerte de Alejandro Magno, textos hispánicos medievales, *General Estoria*, *Libro de Alexandre*, *Alexandreis*.

ABSTRACT: Alexander's the Great death concluded a legendary heroic life. In the *Cuarta Parte de la General Estoria* de Alfonso X, it is traduced the text of the *Historia de Proeliis*, by the Archpriest León de Nápoles, which had traduced, in turn, the fictional biography of Pseudo Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro Magno* (early third century). The same text, contaminated with other stories, is the basis of the Castilian *Libro d'Alexandre*, written in the early s. XIII, somewhat after the French poems of the same subject, and almost on par with the Persian poem of Nizami *Iskandarnama*. Pathetic tone of the episode remains in the prose of *General Estoria*, but in the *Libro d'Alexandre*, the death of the hero takes on a tragic background, and that is presented as a plan of God to end his infinite audacity. This interpretation is based on

the *Alexandreis*, a latin poem by Gautier de Chatillon. In this text, just a few decades before the Castilian poem, it is Nature, irritated by the extreme arrogance of Alexander, who decides to punish him and downs into hell to plan his death with the relevant diabolic aid. This journey into the underworld —so characteristic of medieval— is contained in the Castilian *Libro*, with some touches own, and it is one of the more curious additions, with a strong clerical aftertaste, in the epic storyline. But the fact that is God himself who condemned to an exemplary death young Alexander as a “lunatic”, seems like an original feature worth commenting.

Key words: Alexander’s death, *General Estoria*, *Libro de Alexandre*, *Alexandreis*.

La *Vida de Alejandro* —tanto en la versión del Pseudo Calístenes como en la de Plutarco y en la de nuestro *Libro d’Alexandre*— concluye con el relato, más o menos extenso, de la muerte del protagonista, final acostumbrado y tópico en cualquier relato biográfico. Pero, según una u otra versión, el acento narrativo se pone en el patetismo del trance fatídico y en las últimas palabras y gestos del héroe, o bien en la siniestra conjura previa para su envenenamiento, o en el lugar donde irá a reposar su glorioso cadáver, o en el comentario moral que suscita la muerte del gran conquistador del mundo, el magnánimo Alejandro, elevado por la leyenda a héroe mítico, ejemplo de reyes y caballeros. Para los cronistas medievales que recontaron la gloriosa y magnífica historia del invencible monarca macedonio, concluyendo con su fatídica y pronta muerte en Babilonia, tras una oscura e inesperada agonía, el episodio final se prestaba a largas glosas y profunda reflexión. Una reflexión que podía subrayar la brevedad de la existencia heroica y la vanidad de la gloria humana, al considerar cómo el más valeroso y noble y admirable soberano de todo el mundo antiguo acabó así sus días y sus hazañas, de manera imprevista y por una enfermedad, acaso por un veneno. Pero a los doctos clérigos medievales se les ocurrió pronto, desde los presupuestos de su mentalidad cristiana, que tan tremendo y trascendente suceso como el de la muerte del gran héroe no pudo ocurrir sin una previa decisión divina, pues sabido es que la Providencia se cuida muy especialmente del destino de los reyes. No sería, pues, la Fortuna, la arbitraria *Tyche*, sino el justo designio divino quien habría truncado la heroica carrera del invencible Alejandro y desbaratado al punto su proyecto imperial, y así Dios lo habría decidido para frenar y castigar —por medio de una traidora intriga— la audacia o la soberbia del héroe (es decir, la típica «desmesura» heroica que los trágicos antiguos denominaban *hybris*).

La muerte de Alejandro se convirtió en los textos medievales en una lección y advertencia moral acerca de la vanidad de la gloria mundana y el castigo de la soberbia. Ese tópico de la muerte del héroe famoso como castigo divino perdura como un tópico de origen clerical, a lo largo de toda la literatura medieval, y aún más allá. Así lo encontramos, por ejemplo, a mediados del siglo XVI, en uno de nuestros imaginativos y raros libros de caballería. Recordemos cómo comienza el *Cirongilio de Tracia*, editado en 1545, que inicia su relato aludiendo al famosísimo fin del gran conquistador heleno:

Léese en los annales del reino de Macedonia que como el rey Alexandre oviesse conquistado la mayor parte del mundo, a ruego y petición de los suyos determinó de se tornar en su antigua y desseada patria Macedonia, y como ya la voluntad

de Dios fuese de poner fin y término a la demasiada soberbia d'este invictísimo príncipe, permitió que aquel que antes era tenido por inmortal e hijo del dios Júpiter claramente pareciese ser sujeto a la muerte como cada cual de las criaturas. [...] E vino en Babilonia, donde, después de passados algunos días en vicio y plazer, ordenó un combite a los grandes de su exército, en el cual fue muerto con ponçoña por assechanzas de Antípatro, su gobernador en Macedonia.

¡Oh, pues, príncipes poderosos y grandes, cuyos ánimos son dispuestos e inclinados a la ambición y cobdicia de señorear, no parando mientes en la miserable muerte a quien todos sois naturalmente sujetos, antes creyendo ser inmortales y perpetuo vuestro señorío, olvidando a Dios y a su justicia!, ¿pensáis con vuestra dsenfrenada cobdicia devorar y deshazer los averes y possessions ajenas? Devéis pues refrenar vuestra cobdicia con las riendas de templança , pues que claramente vemos este príncipe que, no contento de señorear lo que suyo era, queriendo usurpar aquello a que ningún derecho avía tenido, y aviéndolo conquistado y adquirido con gran trabajo de su persona y pérdida de sus gentes, no solamente no gozó d'ello, pero aún perdió la vida en edad que començava naturalmente a florescer; no a manos de sus enemigos, a quien tanto daño avía hecho, no en las bravas y tempestuosas mares que navegó, que aún esto le fuera alguna parte de consuelo, pero por industria y engaño de los suyos. Maravillosa cosa de ver, que un príncipe tan señalado, que solamente su nombre hazía temblar los fines de la tierra y su boz no cabía en el mundo, quepa agora en una pequeña sepultura, y el que de todo el mundo era señor lo veamos meter en un sepulcro embuelto en una sávana.

Los relatos sobre Alejandro, «esa amalgama de mito e historia que el Medievo heredaba de la Antigüedad» (Dronke), reflejan, de un lado, la admiración por el gran héroe de la antigüedad, monarca magnífico por su valor guerrero y espléndida audacia, y, además, un príncipe educado por el sapientísimo Aristóteles; y de otro, la alocada arrogancia del conquistador que no conoce límites a sus empresas, ansioso siempre de ir más allá. Gualterio de Chatillon, en su gran poema latino *Alexandreis*, representa muy bien la crítica clerical a ese excesivo orgullo, la desaforada ambición aventurera del invicto conquistador, su *hybris* titánica. Con vibrante fuerza poética nos explica, a través de una fantástica escena, la temprana muerte de Alejandro como un castigo divino. Es la propia Naturaleza, personificada como una poderosa divinidad, irritada por la jactancia y soberbia del joven, quien toma la decisión de poner fin a su afán desenfrenado. A tal efecto, la divina Naturaleza desciende al Infierno y allí se entrevista con Lucifer para preparar la trampa mortal que, por medio de una pérvida traición y un discreto veneno, dará muerte al joven monarca en la remota Babilonia. Es un viaje infernal estupendo que pervive con su imaginería medieval y un atractivo decorado escénico en nuestro *Libro d'Alexandre*. El poeta francés ha ensalzado las hazañas de Alejandro siguiendo a los autores antiguos, pero concluye su magno poema épico con una visión pesimista —que se hace eco de las censuras morales de Séneca y Lucano— sobre la ambición infinita de Alejandro. Citaré unas líneas de P. Dronke (1997: XXIII),¹ que resume muy bien la escena inventada por el docto Gualterio:

1. Para la tradición medieval en Bizancio, véase el excelente libro de Jouanno (2002).

La sua morte [de Alejandro] viene preparata, nell'oltretomba, da forze divine e demoniache. L'ultimo libro dell'*Alexandreis* si apre con la dea Natura che, adirata dalle vanterie d'Alessandro, abbandona il compito di creare forme per il mondo e discesse agli inferi. Durante la sua catabasi, Natura viene salutata da tutti gli elemeti, e gli promette di prendersi cura di essi e di sé stessa: Alessandro è «un flagello commune a tutti noi» (X 28). Il montaggio immaginario dell'oltretomba fa presagire quello del decimo libro del *Paradiso Perduto*, e tuttavia in questa buia parodia del *Paradiso terrestre*, il concilio infernale non è limitato a Satana, Peccato, Morte ai loro servi: l'essere che si assicura l'aiuto di queste forze del male è la creatrice benigna, colei che essegue i piani del supremo Dio cristiano, la dea che era stata inventata (o reinventat) appena una generazione prima da Bernardo Silvestre nella sua *Cosmographia*.

Hay en la literatura castellana del siglo XIII al menos cuatro textos que relatan la *Vida de Alejandro*, según esa tradición clerical que remonta a las versiones latinas del Pseudo Calístenes, a Quinto Curcio, y la citada *Alexandreis* de Gualterio. Que son: el *Poema d'Alexandre*, la *General Estoria* de Alfonso X, y, más brevemente, los *Bocados de oro*² y unas páginas del erudito Juan García de Castrojeriz en su *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes de Egidio Romano*.³ Sólo el *Poema* recoge ese espectacular y viaje infernal de la irritada Dama Natura y su furtiva conjura demoniaca. Y es también el único texto castellano que, siguiendo al autor de la *Alexandreis*, al que la *General Estoria* de Alfonso X llama «Maese Galter» y su «Alexandre de las escuelas» (González Rolán / Saquero 2003: 125), se hace eco no sólo de la soberbia jactancia del invicto Alejandro, sino también de sus viajes fabulosos al mundo celeste (en el carro tirado por grifos) y al fondo del mar (en la bola de vidrio), reelaborando esos famosos y espectaculares episodios míticos.⁴

Sería, sin duda, interesante contrastar cómo se relata el final de Alejandro en estos cuatro textos. Algunos incluyen el traslado de su cadáver a Alejandría de Egipto y los plantos de su madre, otros el comentario clerical sobre la vanidad de toda gloria mundana. Pero, por razones de espacio, conviene que nos centremos en la decisión divina de darle muerte y detener así al ambicioso conquistador, a quien el mundo entero le parecía poco. Es decir, partamos del texto de la *Alexandreis*, que ahora podemos leer cómodamente en una buena traducción castellana (Chatillon 1998).⁵

Recordemos el estupendo discurso de Alejandro, donde éste proclama que ya ha dominado el mundo entero, pero el orbe mismo se le queda pequeño a sus hazañas. Se trata de un magnífico parlamento, de vibrante retórica, que comienza con gran brío:

2. Traducción castellana de mediados del siglo XIII de la obra del emir árabe Mubassir ben Fatik titulada *Mujtar al.hikam wa.mahasim*.

3. Véase el extenso artículo —con su excelente bibliografía sobre el tema— de González Rolán / Saquero (2003). Para el texto de Alfonso el Sabio, he utilizado la edición de González Rolán / Saquero (1982). Para los párrafos de *Bocados de oro*, cfr: Saquero / González Rolán (1983-1984).

4. Sobre el enorme interés despertado en al Edad Media por esos viajes increíbles, véase el comentario de Dronke (1997: XLVIII-LIII) y los textos presentados en Liborio (1997: 355-390).

5. Es una traducción muy precisa, y cuenta con una amplia introducción, cuidada bibliografía y oportunas notas. La mejor edición del original latino es la de Colker (1978).

Sed mundi rex unus ego, qui mille triumphos
Non annos vitae numero...

Pero que será mejor leer en esa versión castellana de Francisco Pejenaute (Chatillon 1998: libro IX, vv. 559-575):

Pero yo, dueño único del mundo, que cuento los triunfos a millares, pero no cuento los años de vida, considero que he vivido bastante si enumero rectamente las dádivas de la Fortuna, o si paso revista exactamente a mis gloriosas hazañas. He sometido la Tracia y el Asia; el límite del mundo lo tengo al alcance de la mano y (¡pueda decirlo sin incurrir en la envidia de los dioses!) hasta el orbe me resulta demasiado estrecho y la extensión de las tierras no basta a un solo dueño. Ahora bien, una vez que haya sometido este mundo dejando atrás sus fronteras, he aquí que he decidido abriros la puerta de otro orbe si me seguís: nada hay insuperable para el valiente. Me doy prisa por penetrar en los territorios recónditos de los Antípodas y contemplar otro universo. No pueden faltarme armas aun en el caso de que vosotros me neguéis las vuestras. Donde quiera que desarrolle mi actividad pensaré que estoy sobre el escenario del mundo; a lugares desconocidos y a pueblos ignotos los haré famosos con mis batallas y tierras que la naturaleza ha apartado del comercio humano las hollaréis bajo mi caudillaje. A estas empresas es mi propósito entregarme, y no me niego a extinguir, incluso, mi vida, si la Fortuna lo quiere.

Así acaba el libro IX de la *Alejandroíada*, y, al comenzar el libro X, leemos el terrible rencor de la Naturaleza, afrentada por el desafío de Alejandro, y su designio de castigar al insensato conquistador con la muerte. Se pone, pues, en marcha, enfurecida, y se abre camino hacia el Infierno. «Desciendo a la Estigia —dijo— a tomar medidas en favor mío de y de los míos, dispuesta a hacer rodar por tierra la cabeza de Alejandro, nuestro común azote, y ante quien se estremecen la tierra y el mar». Así habló y abrió una sima en la tierra, introduciéndose más allá del umbral Tartáreo» (Chatillon 1998: libro X, vv. 27-31) La descripción del tremebundo mundo infernal, con sus figuras demoníacas —como Lucifer y su cortejo— y el apoyo decidido que a su queja ofrece la Traición personificada, es muy impresionante.⁶

La Naturaleza insiste, en su vehemente alegato, en que hay que detener a Alejandro, que desea quebrantar toda Asia y los confines del Oriente, «investigar las fuentes del Nilo», y las regiones de los Antípodas y «contemplar el sol de otro universo» (Chatillon 1998: vv. 100-101). Y, aún más, amenaza invadir el Caos Tartáreo, y, tras someter con la guerra a los señores de las sombras, se dispone a llevarse, cautivas, las almas de los muertos. Y concluye: «Por consiguiente, ¡oh caudillos de la muerte!, salid al encuentro de la enfermedad cuando está naciendo, y, a fin de que con el tiempo no se convierta en dominador del universo, cerrad el paso a su vida con la muerte!» (Chatillon 1998: vv. 140-143). El cónclave infernal concluye con la promesa de la Traición de preparar un mortal veneno y entregárselo a Antípatro, el general macedonio, que

6. Sobre este pasaje tan imponente, con su retórica solemne y su carga alegórica tan medieval, de muchas reminiscencias, véase la nota bien documentada de F. Pejenaute (Chatillon 1998: 299, n. 4).

se encargará de suministrárselo a Alejandro. «Toda la cohorte tenebrosa lo aclamó al unísono». Y luego subió Traición desde el infierno al mundo humano y allí desempeñó puntualmente el encargo.

El clérigo castellano autor del *Libro de Alexandre* ha recogido todo el episodio y nos cuenta el viaje de la iracunda Naturaleza a los infiernos y su entrevista con el jefe de los demonios (Lucifer-Leviatán en Gautier; aquí Don Satanás y Belcebú) con vivo colorido. A la retórica altisonante de la *Alexandreis* responde el texto castellano con un cuadro de tono más coloquial, como es habitual en nuestro poema. El relato es largo, desde la estrofa 2324 hasta la 2453; es decir, unos quinientos veinte versos. Pero lo que considero más interesante es que esta versión introduce una curiosa novedad: aquí aparece el mismo Dios, irritado, para decidir el castigo mortal del gran conquistador. Su intervención sólo ocupa dos estrofas, 2329 y 2330, que conviene citar y leer bien, especialmente la primera, que dice así:

Pesó al Criador que creó la Natura,
hovo de Alexandre saña e grant rencura,
dixo: «Este lunático que non cata mesura,
yo'l tomaré el gozo todo en amargura.»

En la siguiente estrofa el buen Dios se explica:

“El sopo la sobervia de los peçes judgar,
la que en sí él traxo non la sopo asmar;
home que tantos sabe juiçios delivrar,
por cual juiçio dio, por tal deve passar.»

La Naturaleza, que ya se sentía ofendida por la jactancia de Alejandro (según las estrofas 2325-2328), se pone en marcha tras la orden del Creador, y, alegre con el encargo,⁷ baja rauda del cielo al infierno a cumplir su recado mortífero: «Descendió al Infierno su pleito recabdar / para'l rey Alexandre mala carrera dar» (estr. 2333, vv. 3-4). Y, a continuación, viene la larga y muy animada descripción del Infierno y sus demonios, que sigue el esquema de la *Alexandreis*, pero con muchos rasgos originales: una catábasis algo turística, mucho más divertida y pintoresca que la del texto latino imitado. Pero no es esta comparación la que nos va a entretener ahora, sino que queremos subrayar una singular diferencia entre el poema castellano y el de Gautier: el gran pecado de Alejandro no es ya el de su ambición desmesurada, sino el afán de saber más allá del límite fijado a los mortales. Es esa audacia infinita de explorar lo prohibido lo que irrita al Creador, que está especialmente molesto por el

7. En la estrofa 2331 se cuenta la rápida reacción de la Naturaleza:

Quando vio la Natura que al Señor pesava
ovo grant alegría, maguer triste andava.
Moviose de las nuves de do siempre morava,
por mostrar su rencura quál quebranto tomava.

viaje submarino del rey. El poema lo deja muy claro: el «lunático» Alejandro se metió en el mundo de los peces.

Notemos que, en efecto, el episodio que desata las iras —«saña e grant rencura»— de la Natura y del Creador es la inmersión acuática del intrépido macedonio en el océano, metido en una improvisado batiscafo para indagar qué sucede en el fondo de los mares. Poco importa que el espectáculo que Alejandro observa no aporte ninguna novedad extraordinaria: allí los peces desfilan ante su bola de cristal y el curioso espía avista sus mutuas celadas y cómo se comen los peces grandes a los más chicos. De la experiencia submarina sacará una conclusión muy general: allí sucede lo mismo que en tierra firme. «Las aves e las bestias, los homes, los pescados, / todos son entre sí a bandos derramados, / de viçio e de superbia son todos entecados, / los flacos de los fuertes andan desafiados» (estr. 2320).

El relato del viaje submarino no está en la *Alexandreis*, pero sí en el texto del *Roman d'Alexandre*⁸ (es decir, de la traducción latina del Pseudo Calístenes, la *Historia de Proeliis*). Lo que Natura y Dios quieren castigar no es tanto la ambición de conquistar tierras y tierras, sino el afán desmedido de saber, de ir con ese anhelo explorador más allá de lo permitido. Más adelante, el poeta castellano relatará el viaje de Alejandro a los cielos en un carro tirado por alados grifos (estr. 2496-2514), que viene a ser una excursión parecida a la aventura submarina. Pero para el poeta que en la Castilla de comienzos del siglo XIII romancea su historia es, como vemos, la inmersión acuática en la bola de vidrio el empeño más escandaloso del héroe, el más inverosímil y fantástico, como él mismo declara: «Una fazaña suelen las gentes retraer, / non yaze en escripto, es malo de creer, / si es verdat o non , yo non y dé qué fer, / magüer, non lo quiero en olvido poner» (estr. 2305). Como hemos visto, el buen clérigo no sólo no quiere dejarlo olvidado, sino que, en su *Libro de Alexandre*, ese viaje fantástico constituye la pieza decisiva para explicar el tremendo enfado repentino de Dios y de la Natura.⁹ Y conviene destacar que haya introducido aquí la figura de este Dios, que, irritado por la insaciable curiosidad del héroe, toma la iniciativa en el castigo de Alejandro. Natura obedece la decisión del Creador, y tiene por tanto un papel secundario. Es Dios mismo quien juzga y emite la sentencia fulminante, aunque luego sea Natura quien se pone en camino hacia el Infierno para que los demonios actúen de intermediarios en la muerte del héroe, al que Antípato suministrará el fatal veneno preparado en el mismo infierno (Antípato lo envió al copero real Yolao, que se lo sirvió a Alejandro mezclado en copa de vino). Natura es una personificación medieval que estos clérigos cultos, como son Alain de Lille y tras él Gautier de Chatillon, han introducido en la literatura de la época; pero para un público menos erudito, como el que esperaba tener el autor castellano, era indudablemente mejor atribuirle al Creador, sin máscaras paganas, el papel de último juez y ordenador supremo. Aunque Dios hable poco, suyo

8. *Roman d'Alexandre* B 856-867 y 7725-7736 . Cf. Casas Rigall (2007: 640, nota).

9. Sobre las fuentes ver los textos de R. S. Willis, I. Michael y María Rosa Lida citados en García Gual 1991: n. 7. Acerca del continuo afán de saber de Alejandro, según los textos medievales, cf. Rico 1986: 214-215.

es el dictamen decisivo; luego actúa la dama Naturaleza, los sicarios infernales y el terrestre traidor.

Que Alejandro muriera bajo los efectos de una pócima letal lo relata ya el texto de Pseudo Calístenes, y de él lo toman sus traductores latinos. El envenenamiento viene de una versión antigua, surgida pronto tras la muerte del héroe, de trasfondo político y dudosa consistencia histórica.¹⁰ Sólo, entre los citados, el texto de *Bocados de oro*, de tradición árabe, no alude al veneno y la traición de Antípatro. Pero que fuera un castigo divino lo inventa Gautier, desarrollando desde su mentalidad cristiana y clerical una sugerencia del poeta Lucano, e insiste en que su ambición se atrajo ese castigo.¹¹ Y el autor de nuestro *Libro de Alexandre* pone la sentencia en boca del mismo Dios. El poeta castellano da así un tono cristiano al castigo del rey —víctima aquí de su curiosidad, más que de su desaforada ambición—, mientras que Gautier menciona a la Naturaleza y los dioses del Olimpo.

Es también notable el diverso tono del último discurso de Alejandro, inventado por el poeta francés, ya en su agonía. En su poema, impregnado de retórica clasicista, Alejandro se muestra arrogante en exceso y afirma soberbio que, sin duda, Júpiter lo reclama para reforzar su imperio celeste, mientras que en nuestro *Libro de Alexandre* el tono es muy distinto. Alejandro espera ser bien recibido en el Cielo por el Creador, ya que éste le ayudó siempre en sus victorias (estr. 2631):

Seré del Rey del Cielo altamente recebido:
quanto a mí oviere, teners'ha por guardido.
Seré en la su corte honrado e servido:
¡Todos me laudarán porque non fui vençido!¹²

Como ya notamos, los lamentos por Alejandro, tras su muerte, son breves plantos patéticos en el texto de Alfonso X y en *Bocados de oro*. Y hay curiosas diferencias entre ellos: en el primero, Alejandro cuida de despedirse de su madre y los suyos, así como de los preparativos de su funeral; en el segundo, es su madre quien, ya en

10. Cf. Lane Fox 2007: 743 y ss., que concluye en pp. 758 y ss.: «Conspiradores aparte, el veneno en sí mismo resulta técnicamente inverosímil». En el mismo sentido, Guzmán y Gómez Espelós (1997: 82-84) citan el testimonio del historiador Arriano, ya escéptico acerca del envenenamiento.

11. «¿Qué crimen cometió, ¡oh dioses!, el Macedonio, señalado desde su nacimiento con tantos prodigios, para hacerse, en espacio de vida tan corto, indigno de vuestro favor? El caso es que, si se hubiera comportado con humildad en medio de la prosperidad, si hubiera soportado los halagos de la Fortuna como soportó sus amarguras, tal vez, disponiéndolo así el destino, habría podido evitar la espada y —lo que es más cruel que cualquier espada— el veneno» (*Alexandreis*, x, 348 y ss., ed. de Colker).

12. Esto lo ha notado muy bien Cañas Rigall (2007: 714), en su edición, de la que copio la nota *ad loc.*: «Esta estrofa es cristianización de los versos de la *Alexandreis* (x 405-417), en donde Alejandro se imagina ayudando a Júpiter a defender el Olimpo. Dado que en el contexto previo el poeta hispano se ha mostrado abiertamente del lado del héroe (cfr: 2602cd y 2620c), la confianza de Alejandro en su salvación no es ya muestra de soberbia: se ha propuesto ser dueño del mundo y lo ha conseguido gracias a su esfuerzo, a sus hombres y al Creador (2626a); cuando Dios determina su muerte dicta también la invencibilidad del protagonista (2628-2630), que, al acatar de buen grado su destino, se demuestra humilde en el trance postrero (cfr: 2645-2647).»

Alejandría, llora por él, recordando su grandeza. Ambos textos señalan —siguiendo al Pseudo Calístenes— que queda enterrado en la Alejandría egipcia (y el texto histórico recuerda al final las otras Alejandrías que él fundara). La *Alexandreis* no menciona esos aspectos del funeral ni que su ataúd fuera llevado a Egipto. El gran poeta francés concluye con un planto retórico recordando la brevedad de la vida humana. El poeta castellano del *Alexandre*, como si hubiera buscado un cierto equilibrio frente a sus fuentes, dedica unas cuantas estrofas (2666-2667) a los lamentos de sus compañeros y plañideras y a la consideración final de su grandeza y el exiguo valor de la gloria de este mundo, y no deja de referirse a su tumba en Alejandría:

«Yogo en Babilonia grant tiempo soterrado,
fasta que ovieron el sepulcro lavrado;
mas fue en Alexandría en cabo trasladado:
metiolo Tolomeo en el sepulcro honrado.

Non podría Alexandría tal tesoro ganar;
por oro nin por plata non lo podría comprar:
¡si non fuesse pagano de vida tan seglar,
devielo ir el mundo todo a adorar!» (estr. 2666-2667)

En el *Roman de Alexandre* francés la despedida de Alejandro de sus compañeros y el planto de los doce pares ocupa centenas de versos. Y hay una descripción de su monumental tumba. Y en la despedida de sus lectores el autor dedica al héroe muerto unos sentidos versos. Como éstos (iv, 1695-7):

Alixandres remest dedens la sepulture.
Dieus li face merci, qui fait la nuit obscure.
Síl onques a cel tans ot de nul home cure.¹³

Ese dios de la noche oscura fue quien, según el poeta castellano, le dio en su rencor la muerte pronta; pero seguramente, pensaría tal vez nuestro poeta, cuidará más allá al «buen rey de Grecia». Y a su tumba deberían acudir los peregrinos, como a la de un gran santo, si no fuera pagano.

BIBLIOGRAFIA

- CASAS RIGALL, J. (ED.), *Libro de Alexandre*. Madrid: Castalia 2007.
CHATILLON, G. DE, *Alexandreida*. Trad. de F. Pejenaute Rubio. Madrid: Akal 1998.
COLKER, M. L. (ED.), *Galteri de Castellione Alexandreis*. Padua: 1978.

13. «Queda Alejandro en su sepultura. Tenga piedad de él Dios, que hace la noche oscura. Quien cuidó de Alejandro en su tiempo como de ninguna criatura.»

- DRONKE, P., «Introducción», en: M. Liborio: *Alessandro nel Medioevo Occidentale*. Milán: Fondazione Lorenzo Valla 1997.
- GARCÍA GUAL, C., «Un viajero mítico: Alejandro en el medioevo», en: *Viajeros, peregrinos, mercaderes en el Occidente medieval*. Estella: 1991.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T. / P. SAQUERO, «La imagen polimórfica de Alejandro Magno desde la Antigüedad latina al Medioevo hispánico: edición y estudio de las fuentes de un desatendido *Libro de Alexandre* prosificado», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos* 23:1 (2003), 107-152.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T. / P. SAQUERO (EDS.), *Alfonso X el Sabio. Historia novelada de Alejandro Magno. Edición acompañada del original latino de la «Historia de preliis» (Recensión J2)*. Madrid: 1982.
- GUZMÁN, A. / F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Alejandro Magno. De la historia al mito*. Madrid: Alianza 1997.
- JOUANNO, C., *Naissances et métamorphoses du Roman d'Alexandre*. París: CNRS Éditions 2002.
- LANE FOX, R., *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*. Trad. esp. Maite Solana. Barcelona: El Acantilado 2007.
- LIBORIO, M. (COORD.), *Alessandro nel Medioevo Occidentale*. Milán: Fondazione Lorenzo Valla 1997.
- RICO, F., *El pequeño mundo del hombre*. Madrid: Alianza 1986.
- SAQUERO, P. / T. GONZÁLEZ ROLÁN, «El castellano como puente entre Oriente y Occidente: la leyenda de Alejandro Magno», *Cuadernos de Filología Clásica* XVIII (1983-4), 11-64.